

## **Cultura popular: mi pie izquierdo**

(Popular culture: my left foot)

María Graciela Rodríguez  
Profesora Asociada Regular IDAES-UNSAM.  
Profesora Adjunta Regular FSoc-UBAP.  
banquo@fibertel.com.ar

### **Resumen en español**

En esta presentación, me propongo realizar una revisión sobre las filiaciones teóricas y perspectivas de abordaje, del sintagma “cultura popular”. Sitúo el marco de esta reflexión en el campo de la C y C, y sugiero, sobre el final, discriminar a los fines analíticos el campo de las “culturas populares” y el de la “cultura popular-masiva”. Por otro lado, planteo algunas líneas posibles de abordaje de los estudios en cultura popular-masiva en la escena local contemporánea.

### **Palabras clave**

Cultura popular - cultura masiva - comunicación - desigualdad - hegemonía

### **Abstract**

This paper revises theoretical lines and analytical approaches of the term “popular culture”. The reflection is located in the field of culture and communication. By the end, an analytical proposal is developed, being it the use of two different words in order to a better understanding: “popular cultures” and “popular-mass culture”. Eventually, I suggest some research approaches on popular-mass culture Studies in the local and contemporary scenario.

### **Key words**

Popular culture - mass culture - communication - inequality - hegemony

Hablar de “cultura popular” es como levantarse con el pie izquierdo: se empieza mal. Y se termina peor. No voy a ser la primera en decir que tanto “cultura” como “popular” son términos problemáticos, una afirmación cuya contundencia es sensible e ingratamente inapelable. Sin embargo, los estudios en cultura popular y/o en culturas populares siguen gozando de buena salud, con cátedras, artículos, jornadas y recortes de investigación, heterogéneos pero cumplidores.

En el campo de la Comunicación y la Cultura (C y C), donde quisiera situar esta presentación, las cosas se complican aún más, porque, en clave barberiana, se piensa a la cultura popular en el cruce con la dimensión de la cultura masiva, y más específicamente, queda relegada a la de los medios hegemónicos. El problema de esto no es el cruce sino la liviandad con que se lo da por sentado, estrangulando las definiciones que lo componen (¿pero qué es cultura popular?, ¿y qué cultura masiva? Y peor aún: ¿qué es lo popular?, ¿y qué es lo masivo? Y mucho peor aún: ¿qué es cultura?).

Los estudios sobre cultura popular (CP de ahora en más) se resienten cuando se achatan las definiciones, y esta advertencia no responde a un afán maniaco y trivial de definir todo lo que se nos ponga enfrente, pero sí a la necesidad de discernir desde dónde se habla, de qué se habla, con quién se habla, en suma, de conocer el escenario de interlocución. De otro modo, y dada la transdisciplinariedad del campo actual, toda enunciación está condenada a un diálogo de sordos. La CP, como todo recorte de estudio, posee sus problemas; y los derroteros de este problemático recorte, peculiares en sí mismos, provienen de diversas tradiciones teórico-disciplinares y se encuentran. Por eso mismo, las preguntas, las perspectivas analíticas e incluso las apuestas metodológicas difieren, algunas veces entran en cortocircuito cuando son puestas a dialogar, y otras producen dinámicos intercambios.

En esta presentación, me propongo realizar una revisión, que desde ya asumo como no exhaustiva, sobre estas cuestiones. A la vez que, situando el marco en el campo de la C y C, me interesa también plantear algunas líneas posibles de abordaje de los estudios en cultura popular-masiva en la escena local contemporánea.

### **El pie izquierdo en las Ciencias Sociales**

Actualmente, en el campo de las Ciencias Sociales locales, en los estudios sobre CP se verifican, muy a grandes rasgos, dos perspectivas: una que privilegia el análisis de la dimensión simbólica de las prácticas de los sectores populares; y otra que focaliza sobre la articulación entre aquéllas y un sistema signifiante, articulación vehiculizada, fundamental pero no únicamente, por los medios de comunicación.

La distinción es acaso maniquea y puede llamar a confusiones y/o a reclamos de partes. Por eso es preciso advertir, más temprano que tarde, que esta distinción sólo pretende “mapear” y señalar lugares y modos de mirar. De hecho, nótese que hablo de “privilegiar” o “focalizar” dado que en ambos casos se trata de una colocación en primer plano, de una lupa si se quiere sobre una dimensión (las prácticas/las representaciones masivas), y de ningún modo un desconocimiento de la otra. Aún más: las dos perspectivas trabajan en la confluencia conflictiva, en la articulación entre las prácticas y experiencias, y las representaciones sociales extendidas. Se trata sólo de un arco extenso y de un lugar donde se hace foco. Mirar más un extremo no implica

desestimar al otro, sino, simplemente, una cuestión de encuadre, de realzar una figura en un campo más amplio de visión.<sup>1</sup>

Conocer esta distinción no debería implicar construir límites o plantar mojones en territorios en disputa, sino más bien fortalecer los diálogos para construir puentes. Y a la vez, en el mismo movimiento, dar cuenta de los elementos que son necesarios poner en juego en esa construcción. Parte importante de ese puente tiene que ver con una actitud: la de ser concientes, cuando nos levantamos con el pie izquierdo y empezamos a hablar de CP, de los diálogos que debemos tramitar en el cruce de esos puentes (de hecho, se advierte que algunas de las cuestiones que pretendo traer a colación provienen de textos aparecidos en la misma línea editorial, la revista *Punto de Vista*).

Una de las perspectivas contemporáneas señaladas toma como presupuesto de base la necesidad de dar cuenta de las “experiencias de las clases populares contemporáneas” (Semán, 2009: 183), desde una comprensión thompsoniana de “clase”, que habilita a pensar la multiplicidad de actores, temas y escenarios de conflictos. Esta perspectiva, rastreable también en Luis Alberto Romero (1995) y en los investigadores del PEHESA<sup>2</sup>, sugiere sortear las dificultades provenientes de algunas dicotomías que, o bien folklorizaban los estudios sobre CP, o bien la degradaban a producciones “menores”. Por eso mismo, este grupo de historiadores propone hablar de “cultura de los sectores populares” antes que de “cultura popular”. Y entienden a esta cultura de los sectores populares como un “conjunto fragmentario y heterogéneo de formas de conciencia en perpetua transformación (...) específicas de los sectores populares, en tanto resultan de su modo de percibir y vivir las diferentes esferas de la realidad; en tanto son también un producto de sus experiencias políticas, laborales, familiares, estéticas” (PEHESA, 1983: 11).

En esta misma línea, si bien con un foco en la contemporaneidad, se inscriben diversas etnografías actuales producidas en el marco de indagaciones socio-antropológicas. El valor de estas indagaciones es doble. En primer lugar, la perspectiva relativista de estos trabajos ha permitido reconstruir los sentidos nativos de los sujetos populares en diversas situaciones: políticas, cotidianas, religiosas, etc. En una segunda instancia, estas etnografías permiten desentrañar, en un nivel analítico de mayor abstracción, rasgos recurrentes entre las prácticas de los sectores populares (“aires de familia”) rastreables en distintos ámbitos de expresión, producción y pertenencia, como se expone en la introducción de la compilación de Daniel Míguez y Pablo Semán (2006). En el marco de esta perspectiva, se estila hablar de “culturas populares”, en plural, para dar cuenta justamente de la heterogeneidad de experiencias de los sectores populares, y para señalar a la vez la incomodidad que produciría el singular “cultura popular”, destinado a nombrar esencialismos superados. El plural pretende así resaltar la ausencia de rasgos homogéneos que una mirada legitimista daría por supuestos.

No obstante, el plural mantiene una cierta tensión, alojada en la conceptualización de “cultura”. Y es que, en términos de conceptualización, “culturas populares” vela un debate que se está dando actualmente en el seno de la antropología respecto del uso de “cultura”, y que el plural no termina de desanudar. Una discusión detallada acerca de las dimensiones que se articulan en este diálogo en torno a la noción de cultura, requeriría más que una obra completa; sin embargo, basta con plantear, en pocas líneas, un aspecto

---

<sup>1</sup> A la vez, es también interesante señalar que hay espacios vinculantes entre miembros de diversos equipos de investigación, que producen fructíferos diálogos y generan preguntas, ampliaciones, discusiones e intercambios enriquecedores.

<sup>2</sup> Se trata del Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana (PEHESA) del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani", dirigido actualmente por el Dr. Juan Suriano.

del tenso acercamiento que se produce en torno a ella. En la densa historia que liga tan íntimamente la antropología con la cultura, y a pesar de los grandes debates que esta historia soporta, hay un rasgo de este objeto/concepto que parece persistir: su carácter funcional, apreciable, por ejemplo, en la perseverancia de la fórmula “una sociedad (un grupo, un sector social) = una cultura”.<sup>3</sup> En ese sentido, dentro de la antropología se discute en este momento la productividad misma del concepto, y las posturas se polarizan entre quienes proponen abandonarlo, y quienes insisten en su vigencia. Los argumentos de los primeros resaltan las reificaciones a las que ha dado lugar el concepto de cultura, en su radicalización respecto de la homologación cultura/raza/nación; los segundos, sugieren revisar y reubicar el concepto de cultura en el marco de la potencialidad que tendría para dar cuenta a la vez de las zonas de contacto donde los sujetos producen sentidos.<sup>4</sup>

De modo que aún el plural, “culturas populares”, no estaría haciendo efectiva justicia con los términos de este debate. La tensión que subyace aquí suele resolverse con la aclaración acerca de que “culturas populares” remite a la dimensión simbólica de las prácticas de los sectores populares. O, mejor aún, y tal como lo plantea Semán (2009), a las experiencias de los sectores populares, entendidas en el sentido thompsoniano como “la unidad de la práctica y la representación” (Semán, 2009: 183). Hecha esta advertencia, puede decirse que el sintagma “culturas populares”, que designa un conjunto de experiencias (de subalternidad) de los sectores populares, debe leerse en todo caso como una forma abreviada de nominación de este recorte. De ningún modo esto supone que los investigadores que se ocupan de él desconocen los debates que subyacen a esa nominación, ni tampoco que desestiman, en sus análisis, la dinámica que se establece entre las experiencias y las representaciones sociales. Como ya se dijo, sólo se trata de una focalización.

La segunda de las perspectivas mencionadas, es decir aquella que pone el acento en las superficies significantes donde se procesan las narrativas y tópicos populares, puede rastrearse en clave local a través de las primeras lecturas, traducciones y reflexiones de quienes hacían *Punto de Vista*.<sup>5</sup> Acaso más “joven” en la tradición de las Ciencias Sociales, esta perspectiva retoma los desarrollos teóricos de Raymond Williams, un autor tempranamente leído y luego traducido por Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, y en general por el grupo relacionado con *Punto de Vista*.

La cuestión temporal no es menor. Una de las primeras apreciaciones que surgen a la hora de pensar las relaciones entre las disciplinas de las ciencias sociales que se han ocupado del tema, es la que se vincula con el desnivel temporal. Nacidos a mediados del siglo XX, los Estudios Culturales (EECC) son relativamente nuevos respecto de otras disciplinas como la historia, la antropología o la sociología. Y más novedosa aún es la comunicación, cuya progresiva institucionalización estuvo amparada primero por los

---

<sup>3</sup> También en la asunción a veces poco problematizada de la reproducción social y del papel positivo que la cultura juega en ella; hay elementos que se heredan del modelo antropológico clásico así como del culturalismo norteamericano, pero incluso en muchas de las aproximaciones materialistas este carácter funcional, a su modo, reaparece (Caggiano y Rodríguez, 2008).

<sup>4</sup> Este debate es extenso y no es la intención reponerlo aquí. Para ampliar ver, entre otros, Alejandro Grimson (2002); Lila Abu-Lughod (2005); Alejandro Grimson y Pablo Semán (2005).

<sup>5</sup> No debe llamar la atención su publicación en la misma revista ni la cercanía intelectual y académica de los autores que se mencionan como vinculados a una y otra perspectiva. Evidentemente el dato habla de, al menos, dos cuestiones: por un lado, de la generosidad intelectual de una superficie editorial que podía albergar miradas diversas; y por el otro, de un estado del debate (sobre los 80) acerca de la CP que todavía no parecía desbrozado. Ni mucho menos saldado.

estudios surgidos al calor de las primeras experiencias de las democracias de masas,<sup>6</sup> y más tarde por el “gran paraguas” de los mencionados EECC, que le dio buena parte del sesgo “culturalista” que hoy ostenta.<sup>7</sup>

Gran parte de la institucionalización de las ciencias de la comunicación fue vehiculizada por las lecturas tempranas de Williams que producen el grupo de Sarlo y Altamirano. De esas lecturas se desprende una concepción de cultura que la entiende como el conjunto de significaciones “entendidas como ideas pero también como estructuras de la sensibilidad” que confieren sentido a las experiencias sociales (Altamirano, 1988: 1). En efecto: en la noción (compleja y problemática) que recupera Altamirano de *estructura del sentir*, Williams (1988) encuentra un modo de rastrear la interfase entre bienes culturales y experiencia, señalando que esos bienes son modificados por el *registro* de millones de personas comunes. Aún más, en el excedente entre la experiencia y las formas culturales, afirma, existe un hiato, un espacio de divergencia y disimetría que es motor de aquellos cambios. En palabras de Miguel Dalmaroni, los dispositivos y formas culturales serían, para Williams, “pruebas de los atascos y problemas no resueltos de la sociedad” (Dalmaroni, 2004: 44). Por eso, cuando Williams habla de *registro*, habla también de circulación.<sup>8</sup>

En otras palabras, la idea de circulación, si bien no denominada como tal, aparece ya en los primeros trabajos de Williams (1988), aunque “escondida” en sus producciones sobre cultura, sociedad y cambio social. Allí Williams sostiene que el concepto de cultura no puede circunscribirse sólo a los bienes culturales (y menos que menos a los canónicos), como tampoco puede abarcar, como sugería la definición tyloriana de cultura, a un modo total de vida. Asegura que las condiciones materiales son simultáneamente *productoras de y producidas por* la cultura, y preocupado por dar cuenta de los cambios sociales y culturales, incorpora la idea de que esos cambios se

---

<sup>6</sup> Son ejemplo de esto los pioneros trabajos de Lazarsfeld en los Estados Unidos sobre opinión pública, y también los desarrollos críticos provenientes de la Escuela de Frankfurt, especialmente en lo que concierne a la disciplina, los trabajos de Adorno, Horkheimer y Benjamin.

<sup>7</sup> La mención, tácita, es, obviamente, al Centro de Estudios Culturales Contemporáneos (CCCS por su nombre en inglés: Centre for Contemporary Cultural Studies) de Birmingham, creado en 1964 bajo la dirección de Richard Hoggart. Su segundo director, Stuart Hall, le dio el giro decisivo en su orientación analítica, que colocó a la cultura masiva ya no como obstáculo al mantenimiento de los valores esenciales de la cultura popular, como la había pensado Hoggart, sino como dimensión constitutiva y constituyente de la vida social contemporánea.

<sup>8</sup> Más allá de la profunda vocación democrática de Williams, y de sus tempranas ideas sobre los vínculos entre los bienes culturales y la experiencia de las personas comunes, la academia británica deberá esperar unos años hasta que Hall, de modos acaso más pedestres o terrenales, desarrolle una aproximación operativa al concepto de circulación. Referente clave de los estudios culturales, Stuart Hall ha sido en efecto uno de los primeros teóricos en otorgarle entidad al *momento de circulación* dentro del proceso de comunicación. Hall entiende que cada uno de los tres momentos del proceso de comunicación mediática, producción, circulación y recepción, posee su especificidad y relativa autonomía. A la vez, entre los tres existen determinaciones mutuas y nunca están des-engarzados de los otros momentos que componen el proceso en su conjunto. “El valor de esta aproximación es que mientras cada uno de los momentos, en articulación, es necesario para el circuito como un todo, ningún momento puede garantizar completamente el momento siguiente con que está articulado” (1980: 129). Así, bajo el encuadre del planteo de Hall se ha interpretado el proceso de comunicación como la coexistencia de tres momentos determinados por la base material en la cual se insertan. Por otro lado, e interesantemente, el planteo de Hall enfatiza en la reciprocidad entre los textos y sus usos cuestionando, en parte, la división entre “productores” y “consumidores” (sobreevaluada por algunas teorías culturales), y poniendo el acento en las estructuras de significación compartidas entre ambos, antes que en las operaciones unidireccionales de supuesta “manipulación”.

producen por la interacción entre formaciones culturales y el *registro* de millones de personas comunes.<sup>9</sup>

No obstante, la inclusión del sujeto en su teoría representa una inclusión débil y producto más de su democrático humanismo voluntarista que de una verdadera incorporación de la capacidad de agenciamiento de los sujetos (lo que, además, le vale un durísimo debate con Edward P. Thompson).<sup>10</sup> Y finalmente, termina otorgándole más peso a los textos que al registro de los sujetos, operación que da por supuesta y que asume como rastreable dentro de los cambios ocurridos en la superficie textual.

Es claro que el papel que Williams le otorga al sujeto es débil. Por eso mismo el debate que dio Thompson respecto de los conceptos williamsianos apuntaba, por un lado, a señalar que la noción de cultura de Williams privilegia la sutura consensual sobre la conflictiva, perspectiva ésta última que él mismo sostiene en relación con la *cultura plebeya* (Thompson, 1990); y, por el otro a reponer, justamente, la capacidad de agencia, soslayada por el pensador galés, y que para Thompson es clave en la arquitectura de su teoría. Es en este sentido que la capacidad de agenciamiento (y no necesariamente de “resistencia”) reaparece también en las reivindicaciones actuales de Semán (2009; 1995).

También es claro que la perspectiva williamsiana, y la corriente de la sociología de la cultura dedicada a realizar crítica cultural, difícilmente puede dar cuenta de la capacidad de agenciamiento de los sujetos populares. Y cuando intenta hacerlo, el trabajo de estos analistas críticos no puede más que constituirse desde una mirada normativa, que en el mismo gesto analítico asume para sí el arbitrario cultural para criticar/regular el gusto (popular). Además, en no pocas ocasiones se recurre, precisamente, a la noción de “resistencia” que constituye hoy uno de los lugares comunes en la definición de lo popular y de la representación de lo subalterno (Valeria Añón y María G. Rodríguez, 2010). Entre agencia y resistencia hay demasiadas diferencias, tal como nos ha enseñado Thompson, y por muy crítico que sea el lugar del analista cultural, su crítica sólo puede dar cuenta de gestos de insumisión inscriptos en los textos, ya sean masivos o “propios”. Pero entre la rebelión simbólica, y un agenciamiento que es necesario definir no sólo en cuanto a la identificación intersubjetiva de las condiciones de dominación (Sherry Ortner, 2005), sino también en relación con las dimensiones de participación y de acceso, y con las acciones destinadas a la obtención de recursos, sean simbólicos, políticos o económicos (Lawrence Grossberg, 2003), hay serias diferencias de grado. En otras palabras, identificar la existencia de acciones de *insumisión cultural* (Jean-Claude Passeron, en Claude Grignon y Passeron, 1991: 68), no habilita a homologar relaciones de sentido con relaciones de fuerza.

Por otro lado, cuando se focaliza sobre el análisis de las representaciones, y especialmente de las representaciones de los medios de comunicación, es necesario tener presente que el sentido de la experiencia difícilmente pueda ser escenificado por los medios porque, como afirma David Morley (1996), la representación por definición no satura al sujeto empírico. En el caso de los sectores populares la distancia entre representación y experiencia no sólo es máxima sino que, además, los términos en que la experiencia puede ser representada son definitivamente incompletos. Porque también

<sup>9</sup> En la misma línea Edward Said va a recuperar, años después, este sesgo, señalando que “las representaciones son elementos activos en los rumbos que toma la historia, en la manera como la gente percibe las situaciones” (1997: 219).

<sup>10</sup> El debate se origina en la crítica que hace E. P. Thompson al libro de Williams *The Long Revolution*, de 1961, y que salió en los números 9 y 10 de *New Left Review* (1961).

son políticos. Y cuando se trata de bienes del mercado de la cultura, el mismo atravesamiento por las lógicas comerciales de producción cultural implica, además, una síntesis (ideológica, en sentido amplio) que requiere “aplanar” las diferencias.

No obstante, la crítica de la cultura no debería desestimarse sin más, sino acaso complejizarla para comprender las articulaciones hegemónicas de las dimensiones culturalmente constitutivas de lo social.

### **La CP dentro de los EECC**

Volviendo a los estudios de cultura popular y/o de culturas populares, en algún sentido es posible decir que fue Hoggart (1971) quien se puso “a caballo” entre las dos perspectivas señaladas al comienzo: por un lado asumiendo cierto sustancialismo en el análisis de la CP (o de lo que él denominaba “cultura de la clase obrera”) en su contraposición “Nosotros/Ellos”, y por otro, intentando ponerla en relación con los productos de la cultura masiva, acaso con auténtica desesperanza por lo que eventualmente se perdía en esa relación.

Por su parte, preocupado por revisar las metáforas organizadoras de las tradiciones del pensamiento marxista, el aporte de Hall a los estudios sobre CP es central, y proviene de su vocación de comprender a los procesos culturales desde un marco gramsciano.<sup>11</sup> De allí que entienda a la CP como aquellas prácticas que, encuadradas en determinadas relaciones de producción, se mantienen vigentes y actualizadas en la tradición señalando, además, que esta tradición nunca está totalmente estabilizada, y es estructuralmente permeable a las disputas por el sentido (1984).

Respecto a la constitución del campo, el trabajo de algunos de los más importantes representantes de los EECC británicos tuvo entre sus principales méritos y desafíos poner de relevancia el estatus de “objeto de estudio” de una serie de “objetos menores”: los medios masivos de comunicación, los medios alternativos, la literatura popular y la masiva, el ocio, los deportes y el uso del tiempo libre, el “mundo del espectáculo” en sus diversas aristas, etc. Desde luego, había antecedentes para esta valorización de objetos en los estudios de folklore, en muchos trabajos antropológicos volcados hacia la propia sociedad del antropólogo (hacia las “sociedades complejas”), en los trabajos sobre cultura popular, tanto en la tradición rusa como en la iniciada por Antonio Gramsci, etc. Pero los EECC lograron una legitimación abarcativa de preguntas y problemas que, entre otras cosas, articularon los aportes de estos precursores (Caggiano y Rodríguez, 2008).

La cuestión de la legitimidad de los “objetos menores” es relevante porque muestra el modo en que se fue forjando un espacio particular relacionado con los estudios sobre CP, a la vez que se fue propiciando la sinergia y la retroalimentación disciplinar. No obstante, y como observa Mike Featherstone (2000), los mecanismos para la obtención de legitimidad de estos “objetos menores”, incluyendo el acceso a los circuitos en sede académica, han contribuido a la multiplicación, descontextualizada y fragmentaria, advierte, de estudios sobre ámbitos y producciones relacionados con la cultura popular y masiva.<sup>12</sup> Indirecta, y acaso paradójicamente, la circulación de nuevos

---

<sup>11</sup> En su revisión crítica de la propia historia de los EECC, Hall propone un modo de abordaje de los estudios en cultura, a la vez que expone la necesidad de articular, en el seno de los EECC, lo que él llama dos paradigmas seminales: el culturalismo y el estructuralismo. La “salida” que sugiere es vía los aportes gramscianos (Hall, 1994).

<sup>12</sup> Esta multiplicación ha sido generada, en el caso del medio universitario estadounidense, entre otras cosas por la orientación hacia los análisis culturales que privilegian sobremanera los sesgos de etnia,

objetos de estudio produce una suerte de nivelación acrítica entre productos culturales, que deviene de desestimar, en el esfuerzo por su legitimación, las líneas de desigualdad social que los atraviesan (tanto en las instancias de producción, como de circulación y consumo).

De todos modos, las líneas propuestas por los EECC han sido enriquecedoras. Las investigaciones que, dentro del área de comunicación, asumieron ese compromiso en sus análisis de la CP, produjeron importantes insumos en dos líneas de desarrollo: por un lado, los ya mencionados estudios en recepción; y por otro, los que vinculan la vida cotidiana con el consumo.

En relación con los primeros, a los estudios concretos en recepción se los ha criticado porque tienden a construir una mirada que implica un recorte en términos situacionales donde resulta difícil incluir las experiencias de los sujetos por fuera de esa situación. Y aunque estos estudios conciben a la recepción como un proceso en el cual la producción de sentido antecede y prosigue al momento puntual de recepción, en su operacionalización los análisis “se asemejan más a la idea tradicional de variable sociológica” (Florencia Saintout, 1998: 161),<sup>13</sup> con lo cual vuelven a perderse de vista las múltiples determinaciones de espacios, tiempos e identidades en que los sujetos reelaboran los sentidos propuestos por los medios de comunicación. Desde un punto de vista metodológico, entonces, incluso la perspectiva etnográfica no garantiza nada a menos que contemple, como dice Ien Ang, “una comprensión más amplia, a la vez estructural e histórica, de la condición cultural contemporánea”. Y agrega: “hay que volcarse hacia la recepción en tanto parte integrante de prácticas culturales populares, hay que articular al mismo tiempo los procesos ‘subjetivos’ y ‘objetivos’, ‘micro’ y ‘macro’” (1994: 56).

Por su parte, los trabajos sobre los consumos delimitan una zona de análisis que, por un lado, revela la construcción de representaciones intersubjetivas en un momento histórico específico, y por el otro, provee marcos de entendimiento para reponer los modos en que la cultura, a través del espacio *massmediático*, modela, prescribe y legitima las imágenes que tienen de sí los sectores populares. De este modo, los trabajos sobre consumos culturales muestran los límites de las posibilidades de impugnación de esas mismas representaciones, así como las zonas donde éstas se hacen efectivas. No obstante, como afirma Marita Mata, aunque en los resultados de los estudios aparecen heterogeneidades y rastros de conflictividad social, son trazos débiles de la diferencia cultural, un “espacio muelle donde sin desaparecer, y al desplegarse, va perdiendo su dimensión conflictiva” (1991:50).

Estos cuestionamientos implican la necesidad de establecer un punto de vista complejo sobre la cultura popular, que requiere superar la ilusión de incontaminación de los sentidos presentes en la vida cotidiana de los sujetos de las clases populares, o de que estos sentidos pueden recortarse y delimitarse poniendo en suspenso sus relaciones con una cultura “otra”, que le sería, además, externa (Rodríguez, 2008). La ilusión de que existen prácticas de los sectores populares relativamente autónomas, que les permiten encontrar fisuras en ese mercado para construir desde el margen un modo de expresar su propia voz, omite considerar el poder de las fuerzas dinámicas del mercado

---

generación y género a los de clase, orientación que se vio favorecida, a la vez, por la apertura a líneas de financiamiento y subsidios para los estudios culturales locales. No obstante, las divergencias entre los EECC británicos y europeos y los estadounidenses son mucho más profundas que las mencionadas en esta brevísima nota.

<sup>13</sup> La crítica de Saintout apunta a la denominada teoría de las múltiples mediaciones, trabajada en América Latina especialmente por Guillermo Orozco Gómez (Ver especialmente 1996 y 2001).

cultural y la *inflación cultural* (Featherstone, 2000) que se produce como resultado de la captura de aquellas prácticas que son evaluadas como mercantilizables y, por eso, rentables (John Frow, 1995).

Asimismo, es necesario señalar que la cultura ha sido y es uno de los puntos de encuentro, nutritivos y a la vez complejos entre la comunicación y la antropología. Y si bien los resultados de este encuentro todavía requieren elaboraciones específicas, no pueden desconocerse en este diálogo los debates ya someramente apuntados que se dan actualmente dentro de la antropología respecto de la validez del concepto de cultura (concretamente, los interrogantes referidos a los riesgos a los que están expuestos aquellos análisis que privilegian la mirada sobre la comunidad y los sentidos compartidos dentro de ella); como tampoco puede desestimarse el hecho de que en el área de comunicación, por el contrario, el concepto parece no exigir demasiadas reflexiones críticas: saldado un primer debate (o remedo de tal), que permitió discutir, en los 80, la noción de cultura, a partir de ese momento se toma como válido que la dinámica cultural subtiende una disputa por el sentido (lo cual podría traducirse, parafraseando a Hall, con la idea de que una lucha de clases se da en el plano de lo simbólico). Así, en las opciones más “progresistas”, se da por hecho que la única tarea del analista es entonces hallar las brechas por donde se cuelan las operaciones de “resistencia” (aunque no se sepa bien de qué se trate esto) de los sujetos (Néstor García Canclini, 1988). Lo cierto es que a este presupuesto no se lo pone a prueba; antes bien, se lo propone como punto de partida, con lo cual, la disputa por el sentido se ubica en términos dicotómicos y hasta topográficos, acotando los términos del análisis a las relaciones entre la cultura letrada, y la iletrada/popular, o bien haciendo intervenir la noción de circularidad para resolver la disputa en términos de un espectro que abarca procesos de complicidad, negociación o resistencia. Y aún cuando se trate de una hipótesis productiva y significativa, en la medida en que restituye su espesor político a las tramas de la cultura, las investigaciones orientadas por esta perspectiva suelen poner la hipótesis del conflicto por delante del análisis, lo cual ‘aplana’ los resultados, porque impide ver lo que hay en común, lo que se comparte en una sociedad en términos culturales (lo que muchas veces señala, a pesar de los desencantos del analista, hacia las operaciones reproductivistas de los sujetos).

En estos términos, una síntesis razonada y políticamente contundente de estas cuestiones es la que propone Grimson (2002), al tomar partido por un uso de “cultura” que señale, antes que una unidad simbólica de algún grupo homogéneo, ni antes tampoco que solamente un espacio de disputa por el sentido, una manera específica de comunicar esos sentidos (comunicar: poner en común, disputar sobre algo común). Grimson entiende entonces a la cultura como “forma de interlocución de una época, como patrón compartido a través del cual se fabrican y exacerbaban las diferencias” (Ibid: 74), lo que implica que allí, en los intentos de modificar todas o algunas de las dimensiones del campo de interlocución, está comprometida la agencia de los sujetos.

### **Los estudios sobre CP en la región**

En América Latina, las primeras agendas para el estudio de la cultura popular en el campo de la comunicación y la cultura fueron situadas por Jesús Martín Barbero (1987) y García Canclini (1988; 1990), el primero ligándola al cruce entre las matrices de los formatos industriales de los bienes culturales, y la experiencia de los sujetos, en tanto practicantes-consumidores (Michel de Certeau, 1996); el segundo filiándola con el consumo cultural de los sectores populares y su condicionamiento regido por el habitus.

Ambos trabajos, producidos durante las transiciones democráticas de América Latina, marcaron la preocupación por la cultura popular que pasó a ocupar un lugar central en la agenda porque enfocaba los nuevos sujetos de la ciudadanía reconquistada (Grimson y Mirta Varela, 1999).

Sin embargo, la década siguiente, signada por las políticas neoliberales en la región, y por una fuerte convergencia comercial de las empresas de medios, fue testigo de un relegamiento académico de la cultura popular como objeto de estudio (Pablo Alabarces, 2008), siendo desplazada por conceptualizaciones que parecían menos problemáticas. En el campo de la Comunicación y cultura, la propia categoría “cultura popular” se volvió un término complejo y peliagudo: el uso político del que gozó en décadas anteriores, fue abandonado en los ’90 y reemplazado por el más anglosajón “sub-culturas”, y/o por el de “sociedad civil”, según el recorte. No es descortesía decir que a este desplazamiento contribuyó García Canclini, en su formulación acerca de la relación entre consumidores y ciudadanos (1995), pero si lo cortés no quita lo valiente, también es necesario advertir que los derroteros de este autor distan mucho de las acusaciones recibidas en el sentido de haber producido una banalización del concepto de ciudadanía. Lo cierto es que, en verdad, y mal leído, terminó de rematar la idea de “sujeto popular” asociada con el esperanzador horizonte de las transiciones democráticas continentales.

Los últimos años las investigaciones locales en cultura popular han tomado rumbos complejos. Como decíamos, actualmente dos perspectivas se presentan como habiendo recuperado la preocupación por su estudio: por un lado, investigaciones que parten de abordajes etnográficos sobre sujetos populares contemporáneos, y por el otro, investigaciones que ponen en diálogo las textualidades mediáticas con las experiencias de los sujetos populares. Y lo cierto es que la coincidencia supone también una convergencia de intereses. Entre ellos, resalta la variedad de tópicos abarcados en ambas vertientes de estas investigaciones contemporáneas: desde el rock hasta la cumbia, desde el fútbol hasta el cine argentino, desde los ídolos mediáticos hasta las performances en la vía pública. Por cierto que en la mayoría de ellos están involucrados tanto las prácticas y experiencias de los sujetos populares como los dispositivos de la cultura masiva, poniendo en tensión la relación entre ésta y el universo simbólico y práctico de los sujetos populares, si bien con acentos distintos.

Si bien estas miradas parecen en principio divergentes, en verdad existe consenso en considerar que el rumbo que ha ido tomando esta área de estudio exige su convergencia. El diálogo entre ambas perspectivas, facilitado además por los intercambios académicos de muchos miembros de ambos equipos, se ha revelado fructífero y hasta indispensable. Por un lado, los aportes etnográficos han permitido reconstruir los sentidos que los sujetos populares le atribuyen a sus experiencias en diversas situaciones. Por el otro, los estudios vinculados a las representaciones mediáticas y a los dispositivos culturales en los cuales los sectores populares son convocados, revelan las condiciones de secuestro de la voz a la que son expuestos, reponiendo un tipo de dominación específica como lo es, en este caso, la dominación cultural.

No obstante, y a pesar de que en ambos casos las investigaciones se asumen como indagaciones de la cultura popular y/o de las culturas populares, es importante señalar que el privilegio de una dimensión sobre la otra implica la construcción de objetos distintos. Por eso mismo, en esta presentación propongo realizar un ajuste terminológico.

En ese sentido, sugiero utilizar el sintagma *culturas populares* para indicar una focalización sobre las experiencias de los sectores populares, advirtiendo, como ya se señaló, que el sintagma sirve para abreviar, pero no para simplificar el ya anotado debate sobre el uso de “cultura” en las ciencias antropológicas. Por eso mismo, sería conveniente resaltar que *culturas populares*, que en principio remitiría a la cultura “de” los sectores populares, no hace completa justicia a ese debate, y que entonces sería preferible hablar de la dimensión simbólica de las prácticas de los sectores populares; o mucho mejor aún, a la dimensión de la experiencia de los sectores populares.<sup>14</sup>

Asimismo, propongo reservar el sintagma *cultura popular-masiva*, tal como es utilizado por Martín-Barbero (1993), para señalar aquellas narrativas masivas que circulan por dispositivos industriales del mercado de la cultura, y de cuyos rasgos temáticos, retóricos y enunciativos se desprende un vínculo con matrices culturales históricas de los sectores populares.<sup>15</sup>

Dentro del campo de la C y C, en demasiadas oportunidades se ha homologado cultura popular y cultura masiva, sin advertir que son dimensiones diferentes aunque relacionables. Por eso se torna necesario desconfiar analíticamente de aquellas definiciones que ubican a la cultura popular rápida y acriticamente en el mismo plano de la cultura masiva dando por supuesta una homologación de la cultura popular y la del mercado porque esto implicaría, entonces, analogar modos de funcionamiento distintos.<sup>16</sup> Vale la pena detenerse en la puesta en relación de las dos dimensiones, la popular y la masiva, y en el punto de vista que supone esta operación teórica que da como resultado una línea de investigación pregnante en la región. En ese sentido, el sintagma *cultura popular-masiva*, pone el acento en el guión, porque es el que marca la diferencia entre ambas y a la vez las pone en contacto (Schmucler, 1997).

En efecto, colocado en el campo de la C y C, y en diálogo con las líneas desarrolladas años antes por de Certeau (1996), pero también con la vertiente gramsciana donde abrevan los EECC, Martín Barbero acierta a incorporar en las filiaciones decerteausianas a la dimensión de la cultura masiva, promoviendo una agenda de investigación por ese entonces novedosa en el campo de la comunicación y la cultura.<sup>17</sup> Este diálogo le permite formular que las tácticas de los consumidores (de medios) producen marcas (ocultas y silenciosas) en los textos de los productores, y que en esa dinámica se va construyendo y reconstruyendo la hegemonía, nunca acabada, siempre abierta. De este modo, Martín Barbero recoloca la relación entre prácticas y representaciones en la ligadura con dos ejes: el histórico donde se asientan y a la vez van tomando distintas formas las matrices de representación populares en su trama con los formatos industriales de la cultura; y el de la vida cotidiana, en la cual la cultura

---

<sup>14</sup> Queda aún por reflexionar acerca de la complejidad conceptual de “sectores populares”, cuya referencia empírica dista de ser nítida. No obstante, existe suficiente consenso respecto de que el concepto responde a una caracterización social que agrupa a sujetos en diferentes posiciones de subalternidad. El pie izquierdo parece aferrarse a su incomodidad.

<sup>15</sup> Para ampliar ver Martín-Barbero, especialmente 1987.

<sup>16</sup> Como afirman Grimson y Varela (1999), ante las preguntas acerca de las razones por las cuales los sectores populares continúan construyendo respuestas cómplices a la dominación, es poco lo que pueden responder los análisis dedicados a las relaciones entre la oferta y la demanda del mercado. En tanto organización de los bienes culturales a partir de un sistema basado en la circulación, el mercado tiende a la homogenización. Pero no es toda la cultura.

<sup>17</sup> Es injusto no nombrar también a otros investigadores, como Aníbal Ford, Eduardo Romano, Jorge Rivera, Schmucler o Mata, entre muchos otros, que contribuyeron con sus aportes a delimitar el campo en Argentina. Un análisis más detallado de los aportes de estos autores puede encontrarse en Grimson y Varela (1999); Alabarces (2008), entre otros.

masiva opera de manera rutinaria, poco visible pero contundente. No obstante, el eje de la vida cotidiana que recupera Martín Barbero no remite, ni exclusiva ni necesariamente, a operaciones de recepción, sino a modos de lectura, a procesos de reconocimiento, a lugares textuales donde algo de la experiencia de los consumidores se precipita en los relatos masivos.

Estas recolocaciones, que han servido para pensar y re-pensar la relación entre cultura popular y cultura masiva, habilitan a su vez a darle cauce y marco al interrogante sobre la incidencia recíproca entre representaciones y prácticas. La puesta en relación de las materialidades (significantes y estructurales) con los trayectos sociales de los significados, hacen de los procesos de *circulación* un elemento clave en el análisis de la dinámica cultural. Desde esta perspectiva, que incluye como producción cultural a las representaciones textuales y a las actividades productoras de sentido de los sujetos, Martín Barbero afirma que “la industria cultural y las comunicaciones son el nombre de los nuevos procesos de producción y circulación de la cultura” (1993: 60), una interfase que no es absolutamente “nueva” pero que en su *tecnologización* (Sergio Caletti, 2006), cobra una centralidad nunca antes observada. Por eso la importancia de dar cuenta de “los usos populares de lo masivo” (Martín Barbero, 1983: 61), reconstruibles sólo a través del abordaje etnográfico, pues implica observar lógicas distintas a las hegemónicas y porque señala, en el propio corazón de la interfase entre consumo y producto, la trama misma de la dominación.

Partiendo del supuesto de que los medios de comunicación son, en las sociedades mediatizadas contemporáneas, una parte fundamental en la dinámica cultural, se entiende a la vez que los medios son sólo uno de los múltiples espacios de elaboración de significaciones. No obstante lo cual, su importancia es crucial, dado que ponen en circulación esos sentidos, o algunos de ellos, los convierten en disponibles e inteligibles a través de una operación que no es inocente ni transparente, sino que lleva implícita la lógica particular de la producción mediática. Y estos sentidos, procesados por esta lógica (que es también política), son reenviados al contexto de la vida cotidiana. Por lo tanto, es necesario atender no sólo a los mecanismos de atribución ideológica de las representaciones, sino también, como afirma Judith Filc (2001), a los modos en que la representación es liberada, en el proceso de circulación, de una porción de la carga impuesta por la industria cultural para su manipulación por parte de los consumidores. En ese sentido, sólo en la reconstrucción empírica es posible “hacer aparecer” la acción de los sujetos, y esta acción debe ser entendida doblemente: como acción que es “producto” de la cultura, y a la vez como acción “productora” de cultura. En estos términos, el sujeto reaparece en la densidad del juego en el que se constituye como tal: construido por las significaciones, y a la vez activo constructor de significaciones. Si los estudios en comunicación aportan miradas específicas para observar las modalidades en que se ponen en circulación estructuras de significación que alimentan los imaginarios sociales, la antropología permite rescatar la acción de los sujetos en el encuadre de esos imaginarios. Y el diálogo entre ambas miradas habilita a pensar los mundos imaginativos (Clifford Geertz, 2000; Ortner, 2005) que se ponen en juego (se disputan, se comparten, se comunican) en la vida social (en común).

### **La cultura popular-masiva hoy**

Centralmente ubicada en el campo de la C y C, la perspectiva de la cultura popular-masiva postula la necesidad de mirar simultáneamente las prácticas y las representaciones, no como elementos aislados sino en la propia relación, poniendo en el

núcleo de la perspectiva a las interfases de poder que articulan a ambas. A su vez, esta postulación demanda investigar el papel de los medios en el modelado de la experiencia, así como el reingreso de estas experiencias en los formatos industrializados de los dispositivos mediáticos (Silverstone, 2004). Dicho en otras palabras, los análisis sobre cultura popular-masiva no tratan de simples intercambios de elementos sino de las relaciones entre éstos y de los procesos que los modifican en el mismo intercambio, y que modifican, a su vez, los dispositivos de representación (Reguillo, 2003).

El espectro de interrogantes y problemáticas que surgen de este planteo general, requiere re-ubicar los estudios relativos al campo de la comunicación y la cultura, y dentro de ella aquellos referidos a la cultura popular, en el contexto de las sociedades actuales, altamente mediatizadas donde, como afirman varios autores (Lull, 1997; Silverstone, 2004; Hall, 1984; Mata, 1991), la experiencia popular ya no puede considerarse por fuera de la matriz de la cultura masiva. Una afirmación que se torna crucial en las condiciones de desigualdad creciente en el marco de las cuales se producen los procesos de apropiación cultural y el consiguiente acceso a la ciudadanía (Reygadas, 2008; Tilly, 2000). En palabras de Eagleton (2000), la integración de lo simbólico y lo social actualmente sólo puede comprenderse como un re-encuentro de ambas dimensiones con lo económico.

Estas notas intentaron iluminar líneas de indagación sobre dimensiones del análisis que son constitutivas de los estudios en CP pero que ameritan su discriminación: las prácticas de los sectores populares, los gestos de captura de los sistemas de representación, la puesta en circulación, su reapropiación, el entramado representacional de la sociedad en la cual esas prácticas se inscriben, los escenarios materiales que encuadran ese entramado representacional, los procesos de inflación cultural... En ese sentido, hablar de cultura popular-masiva en el campo de la C y C, es poner de relieve la dimensión significativa de los fenómenos culturales sin recortarlos de sus condiciones materiales de producción ni retirarlos de la esfera de la sociedad "mayor". Pero sí dando cuenta de la textura de distintos momentos en la comunicación de significados en común, y de la permanente batalla por el sentido, batalla en la cual ninguna expresión cultural tiene existencia autónoma. La trama cultural se alimenta de negociaciones, rechazos y apropiaciones; de símbolos que se hacen circular privada y públicamente; de una pluralidad de prácticas y de experiencias; de eventos vividos y significados; de textos que abarcan y exceden las experiencias; de instituciones y ámbitos donde la presencia de los discursos hegemónicos se vuelven gritos o quedan reducidos a susurros.

De allí que la relación entre los medios de comunicación y la cultura popular-masiva sea una relación que merezca la pena de ser pensada, porque atraviesa no sólo los modos en que la dialéctica cultural se construye y re-construye, sino también el trabajo sobre las condiciones socio-históricas desde donde se procesará la misma cultura. Por eso es que Schmucler afirma que el encuentro entre un texto y un receptor, que además tiene diversos niveles de experiencias (o fondo de experiencias), requiere ser indagado "a partir de las condiciones socio-históricas en que (el mensaje) circula" (1997:141).<sup>18</sup> Por eso, no se trata solamente de describir acriticamente la minucia de lo

---

<sup>18</sup> El plural de Schmucler nos señala que este fondo de experiencias está constituido no sólo por una experiencia de dominación en el sentido más lato del término, aquel que refiere a clase social (o al menos en el sentido 'clásico' en que las Ciencias Sociales piensan a la dominación), sino, además, por un conjunto de experiencias que se instituyen en instancias diversas, desde la escuela hasta los consumos culturales, pasando por la religión, las actividades políticas, la participación en organizaciones formales e

cotidiano, como tampoco de homologar lo que sucede en los medios con la totalidad de la cultura. Es en la interfase donde se sitúa el interés por la cultura popular-masiva.

El abordaje se revela, así, complejo y exigente en cuanto a la multiplicidad de herramental tanto teórico como metodológico requerido. En ese sentido, la complejidad de la perspectiva de estudio de la cultura popular-masiva debe contemplar reflexiones sustantivas y simultáneas sobre los actuales escenarios culturales en diversos y significativos niveles analíticos: en primer lugar, un conocimiento de los sentidos nativos que guían el universo práctico y simbólico de los sectores populares; en segundo lugar, una indagación sobre los modos en que actores, situaciones y/o escenarios relacionados con los sectores populares son representados en diversas textualidades massmediáticas; en tercer lugar, un análisis tanto de las condiciones concretas en las cuales discurre la vida cotidiana de los sectores populares, como de los escenarios materiales en que se producen los bienes culturales y sus implicancias en términos de desigualdad; en cuarto lugar, una reconocimiento de las distancias y/o cercanías entre aquellas experiencias y esas representaciones para observar allí, en la interfase, la producción, reproducción o impugnación de sentidos; y en quinto lugar, la reflexión de las modalidades específicas en que, en estas múltiples dimensiones, se construye (y se disputa) la hegemonía.

---

informales o las experiencias cotidianas. Todas indican zonas que alimentan ese fondo. Para ampliar ver Schmucler (1994).

## Referencias Bibliográficas

- Abu-Lughod**, Lila, “La interpretación de la(s) cultura(s) después de la televisión”, en *Etnografías contemporáneas*, Año 1, Nro. I, abril, Buenos Aires, 2005.
- Alabarces**, Pablo, “Un destino sudamericano. La invención de los estudios sobre cultura popular en la Argentina”, en Pablo Alabarces y María Graciela Rodríguez (Comp.) *Resistencias y mediaciones. La cultura popular en la Argentina contemporánea*, Paidós, Buenos Aires, 2008.
- Altamirano**, Carlos: “Raymond Williams. 1921-1988”, en *Punto de Vista*, Año XI, Nro. 33, Buenos Aires, 1988.
- Ang**, Ien, “Cultura y comunicación: por una crítica etnográfica del consumo de medios en el sistema mediático transnacional”, en *Causas y Azares*, Año I, Nro. 1, Buenos Aires, 1994.
- Añón**, Valeria y **Rodríguez**, María Graciela: “Metáforas para pensar las culturas populares y sus derivas en América Latina: una revisión”, ponencia ante las Jornadas académicas Produciendo lo social. Una Mirada Reflexiva a las Ciencias Sociales en Chile y América Latina, Universidad Diego Portales, Santiago de Chile, octubre, 2010.
- Caggiano**, Sergio y **Rodríguez**, María Graciela: “Comunicación y Antropología: continuar el diálogo”, ponencia ante el VIII Congreso Argentino de Antropología Social, Universidad Nacional de Misiones, Posadas, agosto, 2008.
- Caletti**, Sergio, “Repensar el espacio de lo público. Un esbozo histórico para situar las relaciones entre medios, política y cultura”, *Boletín de la Biblioteca del Congreso de la Nación*, Nro. 23, Buenos Aires, 2006.
- Dalmaroni**, Miguel, “Conflictos culturales: notas para leer a Raymond Williams”, en *Punto de Vista*, Año XXVIII, Nro. 79, Buenos Aires, 2004.
- De Certeau**, Michel, *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*, Universidad Iberoamericana, México, 1996.
- Eagleton**, Terry, *La idea de Cultura. Una mirada política sobre los conflictos culturales*, Paidós, Buenos Aires-Barcelona, 2000.
- Featherstone**, Mike, *Cultura de consumo y posmodernismo*, Amorrortu, Buenos Aires, 2000.
- Filc**, Judith, “Espacio urbano e identidades: estilos y espectáculos”, en *Zigurat*, Año II, Nro. 2, Buenos Aires, 2001.
- Frow**, John, “El concepto de lo popular” (Trad. De Cecilia Vázquez), en *Cultural Studies and Cultural Values*, Oxford University Press, Oxford, 1995.
- García Canclini**, Néstor, “¿Reconstruir lo popular?”, ponencia ante el Seminario *Cultura Popular: un balance interdisciplinario*, organizado por el Instituto Nacional de Antropología, setiembre, Buenos Aires, 1988.
- García Canclini**, Néstor, *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Grijalbo, Méjico, 1990.
- García Canclini**, Néstor, *Consumidores y Ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, Grijalbo, México, 1995.
- Geertz**, Clifford, *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona, 2000.

**Grignon**, Claude y **Passeron**, Jean-Claude: *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y en literatura*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1991.

**Grimson**, Alejandro, “Las sendas y las ciénagas de la ‘cultura’. La antropología y los estudios de comunicación”, en *Tram(p)as de la comunicación y la cultura*, Año I, Nro. 1, abril/mayo, UNLP, La Plata, 2002.

**Grimson**, Alejandro y Semán, Pablo, “Presentación: la cuestión ‘cultura’”, en *Etnografías contemporáneas*, Año I, Nro. 1, abril, Buenos Aires, 2005.

**Grimson**, Alejandro y Varela, Mirta, “Recepción, culturas populares y política. Desplazamientos del campo de comunicación y cultura en la Argentina”, en *Audiencias, cultura y poder. Estudios sobre televisión*, Eudeba, Buenos Aires, 1999.

**Grossberg**, Lawrence “Identidad y estudios culturales: ¿no hay nada más que eso?”, en Suart Hall y Paul du Gay (comps.): *Cuestiones de identidad cultural*, Amorrortu, Buenos Aires, 2003.

**Hall**, Stuart, “Encoding/Decoding”, en Stuart Hall et al (eds.) *Culture, media, language*, Hutchinson, Londres, 1980.

**Hall**, Stuart, “Notas sobre la deconstrucción de lo popular”, en Raphael Samuels (ed.): *Historia popular y teoría socialista*, Crítica, Barcelona, 1984.

**Hall**, Stuart, “Estudios culturales: dos paradigmas”, en *Causas & Azares*, Año I, Nro. 1, Buenos Aires, 1994.

**Hoggart**, Richard, *La cultura obrera en la sociedad de masas*, Grijalbo, Barcelona, 1971.

**Lull**, James, *Medios, comunicación y cultura. Aproximación global*, Amorrortu, Buenos Aires, 1997.

**Martín Barbero**, Jesús, “Memoria Narrativa e industria cultural”, en *Comunicación y cultura*, Nro. 10, Bogotá, 1983.

**Martín Barbero**, Jesús, *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*, Gustavo Gili, Barcelona, 1987.

**Martín Barbero**, Jesús, “La comunicación en las transformaciones del campo cultural”, en *Alteridades*, Año III, Vol 5, México, 1993.

**Mata**, María Cristina, “Radio: memorias de la recepción. Aproximaciones a la identidad de los sectores populares”, en *Diá-logos*, Nro. 30, FELAFACS, Lima, 1991.

**Míguez**, Daniel y **Semán**, Pablo: “Introducción”, en Daniel Míguez y Pablo Semán: *Entre cumbias, santos y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*, Biblos, Buenos Aires, 2006.

**Morley**, David, *Televisión, audiencias y estudios culturales*, Amorrortu, Buenos Aires, 1996.

**Orozco Gómez**, Guillermo, *Televisión y audiencias. Un enfoque educativo*, de la Torre, Madrid, 1996.

**Orozco Gómez**, Guillermo, *Televisión, audiencias y educación*, Norma, Buenos Aires, 2001.

**Ortner**, Sherry, “Geertz, subjetividad y conciencia posmoderna”, en *Etnografías contemporáneas*, Año I, Nro. 1, Buenos Aires, 2005.

**PEHESA**, “La cultura de los sectores populares: manipulación, inmanencia o creación histórica”, en *Punto de Vista*, Año VI, Nro. 18, Buenos Aires, 1983.

**Reguillo**, Rossana, “Violencia y después. Culturas en reconfiguración”, Conferencia Culture and Peace: Violence, Politics and Representation in the Americas, Universidad de Texas, Austin, marzo, 2003.

**Reygadas**, Luis, *La apropiación. Destejiendo las redes de la desigualdad*, Anthropos, México, 2008.

**Rodríguez**, María Graciela, “La pisada, la huella y el pie”, en Pablo Alabarces y María Graciela Rodríguez (Comp.) *Resistencias y mediaciones. La cultura popular en la Argentina contemporánea*, Paidós, Buenos Aires, 2008.

**Romero**, Luis Alberto, “Los sectores populares urbanos como sujetos históricos”, en Gutiérrez, Leandro y Romero, Luis Alberto: *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Sudamericana, Buenos Aires, 1995.

**Said**, Edward (junto con Raymond Williams), “Apéndice”, en Williams, R.: *La política del modernismo*, Manantial, Buenos Aires, 1997.

**Saintout**, Florencia, *Los estudios de recepción en América Latina*, Ediciones de Periodismo y Comunicación, La Plata, 1998.

**Schmucler**, Héctor, *Memoria de la Comunicación*, Biblos, Buenos Aires, 1997.

**Schmucler**, Héctor, "Estudios de comunicación en América Latina: del desarrollo a la recepción", en *Causas y Azares*, Año I, Nro. 1, Buenos Aires, 1994.

**Semán**, Pablo, “Culturas populares: lo imprescindible de la desfamiliarización”, en *Maguaré*, Nro. 23, Bogotá, 2009.

**Semán**, Pablo, “Religión y cultura popular en la ambigua modernidad latinoamericana”, en *Nueva Sociedad*, Nro. 149, Caracas, 1997.

**Silverstone**, Roger, *¿Por qué estudiar los medios?*, Amorrortu, Buenos Aires, 2004.

**Thompson**, Edward, “The Long Revolution”, en *New Left Review*, Nros. 9 y 10, 1961.

**Thompson**, Edward, *Costumbres en común*, Crítica, Barcelona, 1990.

**Tilly**, Charles, *La desigualdad persistente*, Manantial, Buenos Aires, 2000.

**Williams**, Raymond, *Marxismo y literatura*, Península, Barcelona, 1988 (1977).